

DERECHOS HUMANOS Y CALIDAD DE VIDA

Emilio García García
Dpto. de Psicología Básica. Procesos cognitivos.
Universidad Complutense. Madrid.

La Declaración Universal de los Derechos Humanos (DH), que reconoció por primera vez, a escala internacional, los derechos fundamentales de la persona, ha adquirido en los años transcurridos un progresivo reconocimiento y presencia, en la conciencia de los hombres, en los ordenamientos jurídicos de los Estados, y en las políticas de los gobiernos, pero sigue planteando la gran alternativa para el futuro de la humanidad: garantizar todos los derechos humanos para todos los seres humanos o caer en la barbarie.

Tanto la Declaración de 1948, como los Pactos de 1966 recogieron los derechos procedentes de la tradición liberal –los derechos civiles y políticos-, que se conocen como derechos de la primera generación, o de la libertad; y los derechos procedentes de tradición socialista –los derechos económicos y sociales- calificados como derechos de la segunda generación, o de la igualdad.

A partir de los años 70 se habla de nuevos derechos -la tercera generación, o derechos de la solidaridad-, que tratan de responder a las nuevas exigencias de los tiempos: los avances científicos y tecnológicos, la globalización económica, los medios de comunicación de masas, la sociedad del conocimiento, la sociedad multicultural, el conflicto Norte-Sur, los movimientos migratorios, los nuevos grupos y sectores marginados, etc. La escala mundial de la relaciones económicas, científicas, políticas y culturales conlleva nuevos desafíos, problemas y soluciones, estrechamente interdependientes. El desarrollo de las personas y de las sociedades requiere unas condiciones que permitan satisfacer determinadas necesidades y alcanzar niveles de calidad de vida digna.

La proclamación universal de los DH está muy lejos de la práctica universal de los DH. Como declaró Kofi Annan, Secretario General de las Naciones Unidas (1998), “Ha llegado la hora de preguntarnos no sólo cómo puede la Declaración de Derechos Humanos proteger nuestros derechos, sino cómo nosotros podemos proteger debidamente la Declaración. Medio siglo después de la adopción de la Declaración de Derechos Humanos, es hora de emprender otra etapa en este viaje para dar nueva vida a su mensaje y hacerlo llegar a todos los pueblos”.

Los Derechos Humanos: largo pasado y corta historia

Los Derechos Humanos tienen un largo pasado y una historia más corta. Tradiciones religiosas y filosóficas en las civilizaciones y culturas del pasado han puesto de relieve la dignidad de la persona, y han señalado condiciones para una vida que merezca el calificativo de humana, y hasta pueda llegar a ser feliz. Los mensajes religiosos y morales del Budismo, Confucionismo, Judaísmo, Cristianismo, Islamismo; los grandes sistemas filosóficos de la Grecia Clásica, la filosofía helenística, la medieval, la renacentista y muy especialmente las teorías contractualistas y el iusnaturalismo racionalista de los siglos XVII y XVIII, han considerado la especificidad del ser humano, sus características diferenciales, las condiciones y exigencias para el desarrollo personal y social.

La historia de los DH propiamente se desarrolla en Occidente desde el siglo XVII, dando origen a una serie de elaboraciones teóricas, declaraciones, proclamas, actas, pactos, etc. Tres grandes revoluciones liberales: la inglesa del siglo XVII, la norteamericana y francesa del siglo XVIII, fueron determinantes en el proceso de cristalización de los DH. En 1689, la Declaración de Derechos inglesa puso límites a los poderes de la monarquía, estableciendo garantías constitucionales para los ciudadanos. Independientemente de la concepción más o menos universalista que de tales garantías y derechos tuviesen los teóricos ingleses, de hecho y debido a los condicionantes de la época, tales derechos se especificaban para la clase media protestante de Inglaterra. Se garantizaba el derecho de los ingleses a la vida y propiedades, a ser gobernados por un parlamento constituido desde elecciones libres y periódicas. Claro está, las personas que no poseían propiedades, mujeres, niños, extranjeros, no figuraban.

Estos derechos fueron progresivamente reconocidos en las colonias que se iban organizando en la costa atlántica de Norteamérica. La Declaración de Virginia, en 1776, se basaba en unos Derechos naturales inalienables: vida, libertad, propiedad y felicidad. En la sección I establece: “que todos los hombres son por naturaleza igualmente libres e independientes, y tienen ciertos derechos innatos, de los cuales, cuando entran en estado de sociedad, no pueden, por ningún pacto, privar o desposeer a su posteridad; a saber, el goce de la vida y de la libertad, con los medios para adquirir y poseer la propiedad, y buscar y conseguir la felicidad y la seguridad”.

En Francia la Declaración de los Derechos del Hombre y el Ciudadano, en 1789, recoge los derechos naturales, inalienables y sagrados del hombre para que sean respetados por el poder legislativo y ejecutivo, contribuyendo así a la felicidad de todos. “La Asamblea Nacional reconoce y declara en presencia y bajo

los auspicios del Ser Supremo los siguientes Derechos del Hombre y del Ciudadano:

Artículo 1º: Los hombres nacen y permanecen libres e iguales en derechos. Las distinciones sociales no pueden fundarse más que en la utilidad común.

Artículo 2: La finalidad de toda asociación política y la conservación de los derechos naturales es imprescriptible del hombre. Estos derechos son la libertad, la propiedad, la seguridad y la resistencia a la opresión”.

Pero ni en Inglaterra, ni Estados Unidos, ni Francia, la declaración teórica de los DH se puso en práctica. Se iba a necesitar una lucha continuada, comprometida, para hacer extensiva los derechos a toda la población: negros, mujeres, población indígena, inmigrantes, niños, y todos los colectivos excluidos. Esta conquista de todos los derechos humanos para todos los seres humanos sigue estando pendiente y es la gran meta para el siglo XXI.

La Declaración Universal de los Derechos Humanos, proclamada en 1948 por la Asamblea General de la ONU, supuso un avance decisivo y sigue siendo la plataforma básica para avanzar en la universalización y profundización de los DH. En el preámbulo se reconoce la dignidad intrínseca y los derechos iguales e inalienables de todos los miembros de la familia humana, como condición básica para alcanzar la libertad, justicia y paz en el mundo. La Asamblea General proclama la Declaración como ideal común por el que todos los pueblos y naciones deben esforzarse, a fin de que tanto los individuos como las instituciones, inspirándose constantemente en ella, promuevan mediante la enseñanza y la educación, el respeto a estos derechos y libertades y aseguren, mediante medidas progresivas de carácter nacional e internacional su reconocimiento y aplicación universal y efectiva.

Puede que ningún Estado, de los 186 presentes hoy en la ONU, se manifieste en contra de la Declaración Universal de los Derechos Humanos, y que, incluso todos expresamente declaren su compromiso con tales derechos; pero lo cierto es que, en su inmensa mayoría y en todos los continentes, la violación de los derechos es continua. Incluso en Europa y Norteamérica, el desempleo, pobreza, marginación, racismo, violencia, alcanzan niveles intolerables, como se constata cada día en los medios de comunicación y publicaciones especializadas al respecto: Informes de la UNESCO, Amnistía Internacional, ONGs, etc.

La Declaración es el primer documento internacional y oficial que proclama los derechos para todos los hombres, mujeres y niños, al margen de etnia, nacionalidad, cultura, religión y situación económica. Con la experiencia tan reciente y traumática de la Segunda Guerra Mundial, los millones de muertos, los campos de concentración, las atrocidades cometidas en Europa y Asia, se alcanzó una conciencia clara y una actitud decidida de que nunca más se podría repetir tal destrucción.

Pero inmediatamente la Guerra fría y la confrontación entre Bloques relegó a segundo plano los horrores de la guerra caliente. Se bloqueó el funcionamiento de la Comisión de DH y las iniciativas para llevarlos a la práctica. Cuando el bloque occidental exigía democracia, derechos civiles y políticos, el bloque del este ponía sobre la mesa los derechos económicos y sociales, así como la no-injerencia en los asuntos internos de otros Estados. De modo que ninguna de las dos partes cumplía con los derechos que predicaba. Occidente amparó dictaduras y el Este ocultaba con su retórica la pobreza y represión de sus ciudadanos. En ambos bloques los intereses geopolíticos y económicos de las grandes potencias primaron sobre la defensa de los DH. Por ello los años 50 y 60 no fueron propicios para una efectiva puesta en práctica de los DH.

En 1966, el Pacto Internacional de los Derechos Civiles y Políticos por un lado, y de los Derechos Económicos, Sociales y Culturales por otro, supuso cierto avance, pero también limitaciones, ya que ha permitido interpretaciones interesadas, separándolos y jerarquizándolos. Resulta más cómodo y económico para los gobiernos defender unos derechos como prioritarios frente a otros. No es presentable hoy defender la tortura, represión, censura, pero es mucho más problemático comprometerse con la erradicación del desempleo, pobreza, y procurar vivienda, educación, salud, calidad de vida, en fin, para la población. 4500 millones de seres humanos viven en países pobres, la inmensa mayoría en condiciones indignas. En los países desarrollados se profundiza el abismo entre los que tienen, saben y pueden, frente a los sectores marginados, cada vez más pobres y excluidos, en un mundo calificado de global.

En las décadas de los setenta y ochenta los avances siguieron también a pasos muy lentos. Será en los noventa cuando los DH recuperen el primer plano. En 1993 se celebra en Viena la Conferencia Mundial sobre los DH, y se constituye el primer Tribunal Internacional para juzgar los crímenes de guerra cometidos en lo que fuera anteriormente Yugoslavia, y un año después los cometidos en Ruanda. En 1998, la Conferencia de Roma aprueba la creación del Tribunal Penal Internacional con competencia para juzgar los crímenes de guerra y delitos contra la humanidad, con el apoyo de 120 países (entre ellos no están Estados Unidos, China e India). El 1998 la demanda de extradición del ex dictador chileno A. Pinochet, acusado de genocidio y crímenes contra la humanidad, constituye otro paso decisivo.

En los cincuenta años transcurridos desde la Declaración de los DH, su concreción en la práctica ha estado condicionada, primero por el enfrentamiento entre los Bloques Este-Oeste, y luego por el proceso de descolonización y conflicto Norte-Sur. Las intervenciones desde Estados Unidos en el continente iberoamericano especialmente no se han hecho precisamente en pro de los DH. Las muertes, desapariciones, torturas en las

dictaduras del cono sur siguen gravitando sobre nuestra memoria más reciente. El Bloque del Este, igualmente, llevó a cabo intervenciones condenables en su área de influencia.

Asia y Africa están presentes en los medios de comunicación casi exclusivamente para mostrar la dramática violación de los DH, con guerras, matanzas étnicas, torturas y extrema pobreza. Si bien debemos reconocer que la situación actual es mejor que en el pasado, y que las violaciones de los DH son hoy menores tanto cualitativa como cuantitativamente; es igualmente cierto que en los espacios de más libertad y bienestar, como los países europeos y norteamericanos siguen presentes niveles inadmisibles de violencia, desempleo, pobreza, para determinados sectores de la población, e incluso guerras, genocidios y terrorismo.

En las sociedades más desarrolladas, la mayoría de los ciudadanos tienen garantizados los DH, aunque es muy distinta la situación para determinados grupos y sectores como emigrantes, minorías étnicas, desempleados, etc. Pero en los países del tercer mundo sigue pendiente su conquista para la mayoría de la población.

Libertad, igualdad, solidaridad

En la historia de los DH se da, primero, un avance cuantitativo y extensivo, en el sentido de conquistar los derechos más básicos para el mayor número de personas. Esta meta prioritaria sigue sin lograrse cuando la mayoría de la población mundial se ve obligada a sobrevivir, en el mejor de los casos, en unas condiciones infrahumanas. El último Informe de Naciones Unidas en el Programa para el desarrollo constata que 4.500 millones de personas habitan en los países pobres, y de ellos 3/5 partes carecen de las condiciones básicas para una vida saludable; 174 no tienen vivienda; 2.000 millones están infraalimentados; los datos de mortalidad infantil son escalofriantes; la esperanza de vida limitada y muy inferior a la de los países desarrollados.

A medida que mejoran las condiciones materiales de vida y se incrementa el nivel educativo, las personas valoran y aspiran a satisfacer necesidades superiores. El conjunto de condiciones que se van reconociendo como necesarias para una calidad de vida se amplía continuamente. El concepto de naturaleza humana, quicio de la declaración de DH, no está fijamente establecido, sino históricamente configurado y abierto a continua interpretación. El concepto de DH, paralelamente, se modifica con las transformaciones económicas, científico-tecnológicas y socioculturales, y las aspiraciones de las personas y de los pueblos.

Los DH no son meras declaraciones de necesidades abstractas y atemporales, sino exigencias concretas reclamadas

por personas de carne y hueso, que viven en un lugar, una sociedad, y un momento histórico determinado. La conciencia de los propios derechos es, también, una conquista histórica, indicador del desarrollo de la conciencia moral y la ética pública de la humanidad. Los DH enmarcan un proceso continuo de avance de la humanidad, cuestionando desde valores e ideales más específicamente humanos las condiciones de la realidad, a fin de alcanzar unas sociedades más libres, justas, solidarias, y una vida personal más realizada y feliz.

En el desarrollo de los DH se han diferenciado tres etapas – tres generaciones-, además de la llamada “generación 0”, referida a ese largo pasado de tradiciones religiosas, culturales y filosóficas, presentes en las civilizaciones, y que recogen las aspiraciones de dignidad, libertad y justicia del ser humano. El concepto de generación, aplicado a los DH recoge dos criterios, histórico y temático, estrechamente interrelacionados. Cada generación de derechos conlleva un avance en el reconocimiento de la dignidad humana, sus condiciones y exigencias.

La primera generación: los derechos de la libertad. La primera generación recoge los derechos civiles y políticos, y se desarrolla en Europa y América entre los siglos XVIII y XIX, con la Ilustración, las revoluciones burguesas, las guerras de independencia. La Declaración de Derechos de Virginia (1776) establece que todos los hombres son por naturaleza igualmente libres e independientes y tienen derechos innatos. El artículo 1º de la Declaración parisina de los Derechos del Hombre y del Ciudadano (1789) proclama que los hombres nacen y permanecen libres e iguales en derechos.

Los derechos de la primera generación son derechos individuales, civiles y políticos, que exigen respeto a la dignidad de la persona, su integridad física, autonomía y libertad frente a los poderes constituidos, y garantías procesales. Estos derechos tienen como soporte las teorías del contrato social, el iusnaturalismo racionalista, la filosofía de la Ilustración. El impulso del liberalismo progresista plasmó la declaración de estos derechos en los preámbulos de las constituciones de los Estados nacionales durante el siglo XIX, favoreciendo así la extensión de los derechos civiles y políticos. El Pacto Internacional de los Derechos Civiles y Políticos, adoptado por la Asamblea General de las Naciones Unidas en 1966, compendia estos derechos.

La segunda generación: los derechos de la igualdad. Si los derechos de la primera generación protegen al individuo frente al Estado, ahora se exigirá cierta intervención del Estado para garantizar a los individuos los bienes sociales básicos como la educación, la salud, el trabajo, la protección social. Estos derechos defienden unas condiciones sociales tales que realmente hagan posible a todas y cada una de las personas disfrutar de los derechos de la primera generación. Las realidades sociales concretas impiden poner en práctica las declaraciones de derechos liberales. No es verdad que todos los hombres nacen iguales en

derechos y libres, más bien ocurría y ocurre lo contrario; las situaciones de partida son radicalmente desiguales, y declarar en el campo teórico e ideal la igualdad, puede ser una estrategia para mantener de hecho reales desigualdades.

La progresiva realización de la democracia política, la ampliación del sufragio y reformismo social del siglo XIX permitieron al constitucionalismo liberal poder encajar los derechos económicos y sociales. Estos derechos son una conquista del movimiento obrero, la nueva clase emergente con el desarrollo de la sociedad industrial. La revolución bolchevique de 1917 también representó un factor determinante. Las constituciones posteriores van introduciendo progresivamente el derecho a la educación, al trabajo, etc. El Pacto Internacional de Derechos Económicos, Sociales y Culturales, aprobado por la Asamblea General de las Naciones Unidas en 1966 compendia estos derechos.

La tercera generación: los derechos de la solidaridad. Después de la primera generación de los derechos civiles y políticos, propios del constitucionalismo liberal, y de los derechos sociales y económicos de la segunda generación, surge en la segunda mitad del siglo XX una tercera generación de derechos, que podemos calificar como derechos de la solidaridad. Estos derechos se configuran como declaraciones “sectoriales”, por cuanto son derechos de personas concretas, pertenecientes a determinados colectivos, que se ven discriminados o privados de determinados derechos. Desde las últimas décadas del siglo XX estos derechos de la solidaridad se profundizan y amplían, demandando la solidaridad entre países ricos y pobres y la superación las desigualdades Norte-Sur; la solidaridad con la naturaleza, exigiendo la protección del medio ambiente; la solidaridad con las culturas y generaciones, reclamando respeto al patrimonio cultural.

En 1968, la proclamación por la Comisión Internacional de Derechos Humanos, reunida en Teherán para examinar los progresos logrados en los veinte años transcurridos desde la aprobación de la Declaración Universal de DH, pone en primer plano la solidaridad y declara: “estimando que, cuando en tantas partes del mundo prevalecen los conflictos y la violencia, son más que nunca necesarias la solidaridad e interdependencia del género humano. Consciente de que la paz constituye la aspiración universal de la humanidad, y que para la realización plena de los derechos humanos y las libertades fundamentales son indispensables la paz y la justicia. Declara solemnemente que:

... 2. La Declaración Universal de Derechos Humanos enuncia una concepción común a todos los pueblos, de los derechos iguales e inalienables de todos los miembros de la familia humana, y la declara obligatoria para la comunidad internacional.

3. La Naciones Unidas se han fijado como objetivo primordial en materia de derechos humanos que la humanidad

goce de la máxima libertad y dignidad. Para que pueda alcanzarse este objetivo, es preciso que las leyes de todos los países reconozcan a cada ciudadano, sea cual fuera su raza, idioma, religión o credo político, la libertad de expresión, de información, de conciencia y de religión, así como el derecho a participar plenamente en la vida política, económica, social y cultural de su país...

15. La discriminación de que sigue siendo víctima la mujer en distintas regiones del mundo debe ser eliminada. El hecho de que la mujer no goce de los mismos derechos que el hombre es contrario a la Carta de las Naciones Unidas, y a las disposiciones de la Declaración Universal de los Derechos Humanos. La aplicación cabal de la declaración sobre la eliminación de la discriminación contra la mujer es una necesidad para el progreso de la humanidad.

16. La comunidad internacional debe seguir velando por la familia y el niño. Los padres tienen el derecho humano fundamental de determinar libremente el número de sus hijos y el intervalo entre sus nacimientos”.

En un rápido recorrido por importantes Declaraciones Sectoriales de Derechos Humanos señalamos:

- El Convenio para la represión de la trata de personas y de la explotación de la prostitución ajena, proclamado por la Asamblea General de las Naciones Unidas, el 2-12-1949.
- La Declaración de los Derechos del niño proclamada por la Asamblea General, el 20-11-1959.
- La Declaración sobre la eliminación de todas las formas de discriminación racial, proclamada por la Asamblea General, el 20-11-1963.
- La Declaración sobre la eliminación de la discriminación contra la mujer, proclamada por la Asamblea General, el 7-11-1967.
- La Declaración de derechos del retrasado mental, proclamada por la Asamblea General, el 20-12-1971.
- La Declaración de los derechos de los impedidos, proclamada por la Asamblea General, el 20-12-1975.
- La Declaración sobre la protección de todas las personas contra la tortura y otros tratos o penas crueles, inhumanos y degradantes, proclamada por la Asamblea General, el 9-12-1975.
- La Declaración sobre la raza y los prejuicios raciales, aprobada por la Conferencia General de la ONU para la Educación, la Ciencia y la Cultura, el 27-11-1978.

Los cambios científicos, tecnológicos, económicos, políticos, sociales y culturales que se han dado en la segunda mitad del siglo XX, y los que se prevén para las próximas décadas, plantean nuevos retos y demandas en la profundización y extensión de los derechos de la solidaridad. El abismo cada vez más profundo entre los países ricos, los menos, y los pobres, la

mayoría, en una economía globalizada y un mundo interrelacionado gracias a las nuevas tecnologías de la comunicación, está exigiendo nuevas respuestas. Un desarrollismo incontrolado e inhumano está devastando los recursos naturales, esquilmando la herencia de una tierra habitable a la que tienen derecho las generaciones venideras. El sistema tecnificado y burocratizado amenaza los derechos de la persona a la intimidad, a la información, la libre expresión, etc.

Las nuevas condiciones plantean nuevas exigencias para lograr niveles más altos de calidad de vida. Así van cristalizando nuevos derechos que aspiran a concretarse en Declaraciones como las anteriores de los Derechos civiles y políticos y de los Derechos económicos, sociales y culturales. Se reivindica el derecho a la paz y a la intervención desde un poder legítimo mundial en los conflictos armados, en las violaciones masivas de los derechos humanos, en los genocidios y crímenes contra la humanidad; el derecho a un orden internacional justo que garantice las condiciones imprescindibles para una vida digna a todas las personas en todo el planeta; el derecho a un desarrollo sostenido que permita preservar el medio ambiente natural y el patrimonio cultural de la humanidad; el derecho a un mundo multicultural respetando las minorías étnicas, lingüísticas, religiosas; el derecho a la libre circulación de personas, no sólo de dinero y mercancías, que permita a los trabajadores inmigrantes obtener un trabajo en otros países en condiciones dignas.

Este conjunto de derechos va tomando forma, y son cada vez mas reivindicados desde las últimas décadas del siglo XX, y representan el gran reto para el siglo XXI. Se fundamentan en el valor de la solidaridad que armonizan igualdad y diferencia. Expresan un desarrollo individual y colectivo de la conciencia de unidad, de pertenencia e interdependencia de cada ser humano con todos los demás, con el entorno natural, con el pasado cultural y con las generaciones futuras. Esta solidaridad se constituye en principio generador de derechos y deberes, exigibles a todas las personas y todos los niveles, públicos y privados, nacionales e internacionales. Como en la mayoría de los casos no están recogidos en derecho positivo y carecen de legislación que los proteja, requieren una gran movilización de las conciencias, una presión social, una acción política, una profundización en la democracia.

Numerosas declaraciones internacionales, y también constituciones y legislaciones nacionales, van dando cuerpo a estos derechos de la solidaridad. Señalamos como significativas:

- Declaración de los principios de cooperación cultural internacional. Aprobada en la Conferencia General de la ONU para la Educación, la Ciencia y la Cultura, el 4-11-1966.
- Declaración de las Naciones Unidas sobre el medio humano: Proclamaciones y Principios, el 16 – 6- 1972.

- Declaración sobre los principios fundamentales relativos a la contribución de los medios de comunicación de masas al fortalecimiento de la paz y la comprensión internacional, a la promoción de los Derechos Humanos y a la lucha contra el racismo, el apartheid y la incitación a la guerra. Proclamada el 22-11-1978.
- Declaración sobre el establecimiento de un nuevo orden económico internacional. Aprobada la Asamblea General de la ONU, el 1 – 5 – 1974.
- Carta de los Derechos y Deberes económicos de los Estados. Aprobada por la Asamblea General, el 12 – 12- 1974.
- Declaración relativa a los principios de Derecho Internacional referentes a las relaciones de amistad y a la cooperación entre los Estados, de conformidad con la Carta de las Naciones Unidas. Aprobada por la Asamblea General, el 24 – 10 – 1970.
- Declaración de los Derechos de los Pueblos (1976).
- Declaración de la Conferencia de las Naciones Unidas sobre el medio ambiente. Río de Janeiro, 1992.
- Creación del Tribunal Penal Internacional. Roma, 16 – 7 – 1998.

La fundamentación de los Derechos de la Solidaridad no parece cuestión problemática, pero otra cosa muy distinta es la realización de esos derechos, su concreción en la práctica. Las condiciones de pobreza e injusticia social en las que viven la mayoría de la población (incluso en los países más ricos, que son los menos, hay cada vez más pobres: EEUU, con el mayor nivel de renta per cápita, tiene el mayor índice de pobreza); los principios de soberanía de los Estados y de no-injerencia en sus “asuntos internos”; el carácter dictador y corrupto de tantos gobiernos; la indiferencia clamorosa de la población (la del tercer mundo no tiene voz, y en los países desarrollados se habla de otros temas), todo ello constituye un freno en el avance de la solidaridad.

El camino de la solidaridad es largo y difícil. Transcurre en círculos concéntricos desde cada persona y su entorno más próximo, pasando por la comunidad, nación, hasta llegar a escala mundial. El objetivo es global, planetario, y los medios han de ser proporcionados. Se requieren actuaciones a escala internacional para garantizar la justicia y la paz. El respeto a la soberanía de los estados y a la no-injerencia, no puede ser la cobertura para que gobiernos corruptos o criminales sigan manteniendo a la población general, o a grupos concretos, en condiciones inhumanas.

Para disponer de condiciones que permitan una calidad de vida digna en un mundo globalizado, es preciso extender y profundizar la democracia en los diferentes ámbitos, económicos, sociales y políticos, tanto a nivel nacional como internacional. La participación democrática y el compromiso a favor de los DH de

la sociedad civil es la fuerza más poderosa para modificar la realidad.

Los DH, todos los DH, no sólo los civiles y políticos, también los económicos, sociales y culturales, no pueden quedar en el reino de las declaraciones retóricas, han de concretarse en políticas y planes de acción de los gobiernos con resultados cuantificables. Así como a los gobiernos se les juzga por sus éxitos en la política de inflación y déficit público, debemos pedirles cuenta por su política de solidaridad, equidad social, empleo y erradicación de la pobreza.

Desarrollo personal y calidad de vida

El fundamento de los DH es la dignidad, inviolabilidad y autonomía de la persona. Por ello los DH son derechos personales, individuales, no colectivos –no hay seres humanos colectivos-. Los derechos a la identidad cultural y autodeterminación de los pueblos, por ejemplo, que se basan en las dimensiones de la persona, no pueden llevar a violentar los derechos básicos de cada ser humano de carne y hueso, en tal caso quedarían deslegitimados. Los DH no son de un hombre abstracto, o una humanidad general, se basan en la naturaleza concreta y única de cada ser humano, articulándose desde cinco dimensiones:

Los Derechos de la persona como tal

Los Derechos de la persona en relación con los grupos sociales a los que pertenece.

Los Derechos políticos.

Los Derechos económicos, sociales y culturales.

Los Derechos a un orden internacional justo

El artículo 3 de la Declaración proclama “Todo individuo tiene derecho a la vida, a la libertad y a la seguridad de la persona”. El derecho a vivir no es mero existir, sino vivir una vida humana, que conlleva poder satisfacer determinadas necesidades que van desde las más biológicas como alimentación, salud, vivienda, etc., a las sociales y culturales. Los DH especifican las condiciones que se han de garantizar para todos los seres humanos a fin de que todos y cada uno puedan desarrollar su personalidad, plantearse y poder llevar a cabo su proyecto de realización personal.

El artículo 1º de la Declaración Universal de DH proclama que “todos los seres humanos nacen libres e iguales en dignidad y derechos y, dotados como están de razón y conciencia, deben comportarse fraternalmente los unos con los otros”. Podemos entender tal proclamación en el sentido de que todos los seres humanos nacen con el derecho a disfrutar de unas condiciones que les permitan ser libres, iguales en dignidad y derechos, desarrollar su identidad personal, sus capacidades mentales:

conciencia y razón, y su comportamiento social fraternalmente en una sociedad justa.

La personalidad de cada uno se va construyendo desde un programa biológico, codificado en el código genético con el que nacemos, y un entorno físico y especialmente sociocultural en el que vivimos. Los procesos mentales superiores del hombre, sus capacidades para pensar, sentir, querer, comunicarse, actuar, tienen unas raíces biológicas, pero no pueden explicarse adecuadamente sólo desde categorías biológicas, como tampoco desde marcos exclusivamente individualistas. Es obligado situarse en la interacción del ser humano con su medio físico y sociocultural, y abordar las características de tal interacción, ya que es en ella donde surgen y se desarrollan los procesos psicológicos superiores y las realizaciones culturales.

El sistema de personalidad, los procesos mentales, son propiedades de sistemas neurales cerebrales, que se estructuran y funcionan a partir de las experiencias y aprendizajes en un medio sociocultural determinado. Los procesos mentales requieren un cerebro y un contexto sociocultural. Las capacidades humanas están en función de una multiplicidad de genes, incorporados en los veintitrés pares de cromosomas, resultado de un largo proceso evolutivo, y son diferentes en cada sujeto como diferente es su combinación genética. Pero además el cerebro de cada persona se estructura de forma única e irrepetible a partir de la experiencia en el medio sociocultural.

El ser humano nace con unas determinadas potencialidades resultado de sus veintitrés pares de cromosomas y cien mil genes. El cerebro humano, sede de los procesos mentales, estados de ánimo, memoria, pensamiento, creatividad, etc., consta de un billón de células, de las cuales unos cien mil millones son neuronas estrechamente interconectadas en redes y sistemas neurales, que sobrepasan los cien billones de conexiones.

La organización cerebral posee propiedades que son resultado de una evolución de millones de años, y que imponen características específicas al funcionamiento mental. La actividad mental surge y se desarrolla con la evolución de las especies, ligada a la organización cada vez más compleja del sistema nervioso, de la encefalización y corticalización crecientes. En la historia de la vida van apareciendo organismos dotados de mayor conocimiento, autonomía y control en el medio. Esta evolución tiene su nivel más alto en el hombre que gracias a su mente se relaciona con el medio de una forma peculiar.

El cerebro humano presenta tres niveles y cada uno supone un avance en la conquista evolutiva hacia mayores grados de autonomía y eficacia en la adaptación al medio. La capa más antigua recoge nuestro pasado, *cerebro reptiliano*, en las estructuras actuales del tronco encefálico, posibilitando los comportamientos básicos para mantener la vida, comer, respirar, etc.

En el transcurso de la evolución se desarrolló una capa posterior que aparece en los mamíferos inferiores, conformándose estructuras encargadas de las conductas de cuidado y protección de la prole, lucha o escape, búsqueda de placer y evitación de dolor. Se trata de un conjunto de núcleos y vías denominado *sistema límbico*, con hipotálamo, séptum, amígdala, fórnix, hipocampo, cuerpo mamilar, entre los más importantes. Posteriormente aparece el tercer nivel de estructuras, el *neocórtex* que proporciona la base de los procesos superiores cognitivos y lingüísticos.

Las estructuras cerebrales más antiguas posibilitan al organismo una continua selección, inconsciente por supuesto, de respuestas, que aseguran la supervivencia. Pero cuando el medio es complejo y cambiante, y los organismos tienen más necesidades, requieren de sistemas evolutivamente más modernos radicados en la corteza cerebral. Pero ello no supone que la racionalidad esté en el piso de arriba y la emoción en el sótano. El aparato de la racionalidad se conforma a partir y junto con los sistemas de regulación biológica. La racionalidad resulta de una actividad concertada.

No existen dos cerebros iguales como no existen dos rostros iguales. Incluso los cerebros de gemelos univitelinos, con el mismo código genético, presentan diferencias morfológicas y funcionales debidas a la experiencia personal e irrepetible que cada individuo vive. Por otra parte, las influencias ambientales no tienen la misma incidencia en la conformación del cerebro en cualquier momento del desarrollo. Existen determinados periodos más críticos y sensibles en los que el cerebro es más susceptible de modificaciones en función de la estimulación ambiental.

El cerebro es un sistema integrado, organizado modularmente. La investigación disponible hoy parece apoyar la teoría modular de la organización cerebral y funcionamiento mental. Nuestros cerebros están estructurados en múltiples subsistemas, redes, circuitos neurales, con un funcionamiento relativamente independiente y actuando en paralelo. La copiosa información que llega al cerebro es procesada en partes, y muchos subsistemas la tratan al mismo tiempo. Los descubrimientos neuropsicológicos sugieren que en unas zonas específicas del cerebro humano se realizan ciertos procesos que convierten a nuestra especie en la única capaz de hacer inferencias y razonamientos abstractos, de inventar y crear, de comunicarse, lo que posibilitan las singulares capacidades del ser humano

Cabe considerar las funciones del cerebro según tres dimensiones: superior-inferior, anterior-posterior, izquierda-derecha. No se trata de partes independientes, y menos antagónicas; muy al contrario, un rasgo notable de la organización cerebral es la estrecha interacción entre sus zonas, pero las dimensiones señaladas caracterizan en alguna medida el funcionamiento cerebral.

La división fundamental, superior-inferior, diferencia la corteza cerebral, del resto de las estructuras subcorticales. La corteza humana y los tractos de fibras asociadas con ella, representan las $\frac{3}{4}$ partes de la masa total del cerebro, está implicada en los procesos perceptivos, aprendizaje, memoria, pensamiento, lenguaje, afectividad y control motor. Los procesos psíquicos superiores específicos del hombre radican en ella. En contraste, el cerebro inferior y estructuras subcorticales desempeña funciones vegetativas comunes a los animales: digestión, respiración circulación, etc., también coordinan la acción muscular, activación, respuestas emocionales básicas, etc.

Las otras dimensiones, anterior-posterior e izquierda-derecha, corresponden al cerebro superior. El surco central o cisura de Rolando separa la parte anterior o lóbulo frontal de la parte posterior con los lóbulos parietal, temporal y occipital. La parte posterior de la corteza de carácter sensorial, contiene las áreas de proyección de los sentidos en forma de mapas topográficos.

La corteza frontal o cerebro anterior controla las acciones del cuerpo, localiza y mantiene la atención, planifica, supervisa y evalúa la acción. En estrecha interacción con el sistema límbico, la corteza frontal orbital ayuda a coordinar los comportamientos apetitivos y emocionales.

La dimensión izquierda-derecha probablemente fue la última en evolucionar. En general el hemisferio izquierdo acentúa el procesamiento secuencial, como el que se da en el lenguaje, mientras que las áreas del hemisferio derecho se especializan en los procesos que ocurren en paralelo, tales como la representación espacial. El hemisferio izquierdo opera de forma más lógica y analítica, analizando secuencialmente la información, abstrayendo los datos importantes y etiquetándolos verbalmente. El hemisferio derecho es más sintetizador, organiza y procesa la información en esquemas más globales.

La asimetría anatómica y funcional de los hemisferios es compatible con las simetrías existentes, pues muchas funciones de las áreas primarias, sensoriales y motoras parecen idénticas en los dos lados del cerebro. Además, las diferencias funcionales entre los dos hemisferios no son absolutas, sino más bien relativas, pues en la mayoría de los casos la actividad mental depende de interacciones entre ambos hemisferios cerebrales. Por otra parte, algunas afirmaciones sobre las modalidades o estilos cognitivos de los dos hemisferios van mucho más allá de lo confirmado por la investigación experimental y los datos clínicos.

El ser humano, al disponer de una estructura biológica determinada, desarrolla en el medio una modalidad de vida distinta a la del animal. Su vida, siendo biológica, se convierte en biográfica, consciente y responsable. Gracias a sus capacidades mentales puede el hombre no sólo responder a los estímulos del medio, sino construir una relación significativa con ese medio, representar la realidad, conceptualizarla, operar con esos

conocimientos, razonar, resolver problemas, plantear nuevas preguntas, inventar y crear, dando lugar a las ciencias, las artes y todos los logros culturales.

Las capacidades mentales afectan a todas las dimensiones de la actividad humana, no sólo a la estrictamente cognitiva. Así, gracias a los procesos mentales superiores, la persona transforma en el curso de su vida las emociones primarias en sentimientos elaborados y reflexivos; modula la memoria en recuerdo autobiográfico reconstruyendo continuamente el sentido personal que para cada uno tiene su pasado; eleva la respuesta a acción deliberada, voluntaria, proyectiva; crea nuevas necesidades, vive nuevos motivos, intereses y valores; plantea nuevas condiciones, aspiraciones y metas desde las cuales vivir una vida valiosa; procura desvelar el sentido de su vida, de su muerte y de su mundo.

El hombre es un ser sociocultural y su relación con las cosas está mediada por otros seres humanos y sus logros. El uso de herramientas, instrumentos y signos debe ser visto no como fenómenos secundarios de los procesos de aprendizaje y desarrollo, sino precisamente como sus condiciones primarias. El ser humano no solo responde a los estímulos del medio sino que actúa sobre ellos, los transforma. En ese proceso de transformación resultan imprescindibles las mediaciones culturales, los productos, los instrumentos y signos. Para la construcción del medio externo físico y sociocultural, y también del medio interno, conciencia y subjetividad, son necesarias las herramientas y signos. Gracias a ellos producimos, transformamos y regulamos el medio natural, social y la propia actividad personal. La actividad humana es un proceso de transformación del mundo y de sí mismo, valiéndose de instrumentos y signos.

Gracias a las herramientas e instrumentos de trabajo, el hombre domina las fuerzas de la naturaleza, y gracias a los sistemas de signos y lenguaje, conforma y regula su propio comportamiento. Los sistemas de signos son unos instrumentos especiales que median la relación del hombre con los otros y consigo mismo. Así como el hombre construye y utiliza herramientas en su relación con la naturaleza, también elabora y se sirve de signos en la comunicación con los demás y consigo mismo, construyendo su propia subjetividad. Los procesos mentales superiores son propiedades de la actividad humana en cuanto mediatizada por signos y lenguaje.

Para la génesis y desarrollo de los procesos mentales y superiores no basta con la biología se requiere la cultura. El hecho educativo es esencial al fenómeno humano. Los procesos mentales humanos se realizan en procesos cerebrales, módulos, redes o sistemas neurales, en cuanto se ven conformados y organizados por el aprendizaje y la experiencia en un concepto sociocultural.

La Organización Mundial de la Salud (1992) ha especificado las condiciones que posibilitan un desarrollo

personal o, de otra manera, las exigencias para una calidad de vida:

- a) Un entorno físico de calidad, que incluye calidad de vivienda, disponibilidad de transporte y comunicaciones, salubridad pública etc.
- b) Un ecosistema ambiental que posibilite un desarrollo sostenible a largo plazo.
- c) Una comunidad sólida con interacciones sociales y sentimiento de grupo
- d) Un alto grado de participación y control de las personas y los grupos en las decisiones que afectan a su propia vida y bienestar. Con otras palabras, una participación democrática a todos los niveles.
- e) Una satisfacción de las necesidades básicas (alimentos, vivienda, trabajo, propiedades personales, seguridad, etc.).
- f) Un acceso a experiencias y recursos del entorno físico y sociocultural: educación, cultura, ocio, etc.
- g) Una vinculación con el pasado cultural de la comunidad y de otras sociedades.
- h) Un nivel óptimo de salud pública, accesible para todos.

La promoción de la calidad de vida constituye un programa de investigación y desarrollo multidimensional y abierto que pretende llegar a garantizar las condiciones para que una persona o una comunidad identifique y realice sus aspiraciones vitales, satisfaga sus necesidades, se adapte al medio e incremente las competencias de control individuales y grupales sobre su propia vida para poder mejorarla. Supone que las personas no pueden alcanzar su máximo potencial de realización a menos que sean capaces de controlar aquellas variables que inciden y condicionan su vida. La calidad de vida procura que los factores económicos, políticos, socioculturales, socioambientales y biológicos sean recursos controlables, accesibles y apropiados. Por tanto la calidad de vida se plantea alcanzar el máximo grado de igualdad de oportunidades, reduciendo las diferencias actuales en disponibilidades de recursos.

La calidad de vida hace referencia a diversos aspectos que se articulan en tres dimensiones:

- a) Materiales: físicos, biológicos, económicos, etc.
- b) Psicológicos: satisfacción, bienestar, felicidad, etc.
- c) Socioculturales: participación democrática, educación, cultura, etc.

Cuando la persona valora positivamente su actividad a partir de indicadores referidos a estos tres parámetros, decimos que vive con bienestar, o de otra manera, que su estado de ánimo, sus emociones y sentimientos placenteros predominan sobre los negativos. Cuando además de experimentar estados afectivos

positivos, la persona se aproxima a las metas que más valora, se habla de “felicidad”. El sentimiento de felicidad se caracteriza por una vivencia de autorrealización personal, al estar implicado muy activamente, con dedicación y esfuerzo, en las tareas o proyectos que la persona valora.

El desarrollo personal, la autorrealización, la felicidad que se recogía en las primeras declaraciones de los DH, incluye conocimiento y estado anímico positivo, referidos a ciertas dimensiones nucleares de la vida: el sí mismo personal, el entorno físico y el sociocultural. Comprende la aceptación de sí mismo y de su biografía o memoria retrospectiva, y de sus proyectos o memoria prospectiva; nivel de autonomía sobre el medio en unas condiciones materiales satisfactorias; apropiada interacción con los demás en los diversos contextos de la vida diaria, familiar, laboral, ocio. El desarrollo de la personalidad y la autorrealización está en función de los tres sistemas: el biológico, el psicológico y el sociocultural; de modo que ninguno de los sistemas independientemente resulta suficiente.

La Declaración de los DH contempla como aspectos fundamentales de la personalidad: la defensa de la integridad física, la defensa de la integridad moral, la defensa jurídica de tales integridades, junto con el derecho a la educación que hace posible la propia identidad y personalidad.

Integridad física. El artículo 5º de la Declaración proclama: “Nadie será sometido a torturas, ni penas o tratos crueles, inhumanos o degradantes”. En los conflictos económicos, sociales, políticos y étnicos se está violando el derecho a la integridad. La utilización de múltiples métodos represivos y procedimientos brutales y sofisticados que se emplean para obtener información constituyen un atentado al derecho a la integridad.

Integridad moral. Abarca los derechos a la propia intimidad como vida privada, familiar, domicilio, correspondencia, de modo que sean eficazmente protegidos. El artículo 12 establece: “Nadie será objeto de injerencias en su vida privada, su familia, su domicilio, o su correspondencia, ni de ataques a su honra o su reputación. Toda persona tiene derecho a la protección de la ley contra tales injerencias o ataques”. En la contienda política son demasiado frecuentes ataques contra el adversario político, difundiendo en los medios de comunicación, tan ávidos al respecto, aspectos de la vida privada o familiar de las personas, con intención denigratoria. La proyección social de la propia dignidad es tan inviolable como la propia integridad física. Las calumnias, campañas de descrédito, etc. contra los que discrepan democráticamente de las políticas concretas del poder, tratan como enemigos de la sociedad y delincuentes comunes a quienes en realidad están ejercitando o demandando el derecho humano a la participación política en sociedades democráticas.

Integridad jurídica. La garantía de la defensa de la integridad física y moral depende de la seguridad jurídica de la persona. El artículo 6º establece: “Todo ser humano tiene derecho en todas partes al reconocimiento de su personalidad jurídica”. Y en el artículo 7º: “Todos los seres son iguales ante la ley y tienen sin distinción derecho a igual protección de la ley. Todos tienen derecho a igual protección contra toda discriminación que infrinja esta Declaración, y contra toda provocación a tal discriminación”. En virtud de esa igualdad ante la ley, “nadie podrá ser arbitrariamente detenido, preso ni exiliado” (art. 9). En los artículos 8, 10 y 11 se establecen las garantías procesales de las personas: la presunción de inocencia, juicio público y con garantía de defensa, tribunal imparcial, posibilidad de recurso, etc. La tutela jurídica eficaz requiere en nuestro mundo de instancias supraestatales, con tribunales internacionales, que impidan la violación de los derechos de los ciudadanos de un estado, bajo la cobertura cínica de seguridad nacional, asuntos internos o inmunidad de los dictadores.

Derecho a la educación. El derecho primario de todo ser humano es construir su propia identidad, formarse íntegramente, desarrollarse lo más plenamente, realizar su proyecto personal y comunitario. El derecho a la educación es clave, y desde su ejercicio la persona podrá elaborar su proyecto de vida, desempeñarse apropiadamente en una profesión y trabajo, tener acceso a bienes materiales y culturales, disfrutar de unas condiciones que permitan una calidad de vida.

El artículo 26 de la Declaración proclama en su apartado 2 : ”La educación tendrá por objeto el pleno desarrollo de la personalidad humana y el fortalecimiento del respeto a los derechos humanos y a las libertades fundamentales; favorecerá la comprensión , la tolerancia y la amistad entre todas las naciones y todos los grupos étnicos o religiosos; y promoverá el desarrollo den las actividades de las Naciones Unidas para el mantenimiento de la paz”.

El derecho primario de todo ser humano es desarrollar su personalidad lo más plena e integralmente posible. Para lograrlo, la educación y formación profesional es requisito obligado. El objetivo fundamental de la educación es proporcionar a todo ser humano la formación plena que le permita conformar su propia identidad, así como construir una concepción de la realidad, del mundo físico y social, que incorpore a la vez el conocimiento y la valoración ética y moral de la misma. Tal formación plena ha de ir dirigida al desarrollo de su capacidad para ejercer de manera crítica y en una sociedad axiológicamente plural la libertad, la tolerancia y la solidaridad.

En el Informe a la UNESCO de la Comisión Internacional sobre la Educación para el Siglo XXI, se señalan los cuatro pilares sobre los que debe estructurarse la educación para cumplir

el conjunto de misiones que le son propias: Aprender a conocer, es decir, adquirir los instrumentos de la comprensión; Aprender a hacer, para poder influir sobre el entorno; Aprender a vivir juntos, para participar y cooperar con los demás en todas las actividades humanas; Aprender a ser, desarrollar la identidad personal en un contexto sociocultural.

Aprender a conocer, combinando una cultura general suficientemente amplia con la posibilidad de profundizar los conocimientos en un pequeño conjunto de materias. Lo que supone, además, aprender a aprender para poder aprovechar las posibilidades que ofrecerá la educación a lo largo del ciclo vital.

Aprender a hacer, a fin de adquirir no sólo una especialización profesional sino, más generalmente, una competencia que capacite al individuo para hacer frente a gran número de situaciones y a trabajar en equipo. Pero también aprender a hacer en el marco de las distintas experiencias sociales o de trabajo que se ofrecen a lo largo de la vida.

Aprender a vivir juntos desarrollando la comprensión del otro y la percepción de las formas de interdependencia –realizar proyectos comunes y prepararse para tratar los conflictos– respetando los valores de pluralismo, comprensión mutua y paz.

Aprender a ser para realizar más plenamente la propia personalidad y estar en condiciones de actuar con creciente capacidad de autonomía, de juicio y de responsabilidad personal. A tal fin se tendrán presentes todas las capacidades de la persona desde las aptitudes físicas a las mentales.

En el Siglo XXI se dispondrá de recursos sin precedentes para la producción, almacenamiento y circulación de conocimiento, información y comunicación. A la educación se le plantea una doble exigencia, que a primera vista puede parecer casi contradictoria: la educación deberá transmitir, masiva y eficazmente, un volumen cada vez mayor de conocimientos teóricos y técnicos en continua innovación y adaptados a la sociedad cognitiva; y simultáneamente deberá definir y proporcionar orientaciones que permitan al ser humano no quedar sumergido en las corrientes de informaciones, más o menos efímeras, que invaden los espacios públicos y privados, así como conservar el rumbo en proyectos de desarrollo individuales y colectivos. La educación se ve obligada a proporcionar las cartas náuticas de un mundo complejo en continua agitación y, al mismo tiempo, la brújula para poder navegar por él.

Todos los Derechos Humanos para todos los seres humanos

Como escribiera N. Bobbio, el problema grave de nuestro tiempo respecto a los DH no es el de fundamentarlos sino el de protegerlos. El problema no es tanto filosófico como jurídico y, en sentido más amplio, político. No se trata tanto de saber cuáles y cuántos son estos derechos, cuál es su naturaleza y su

fundamento, si son derechos naturales o históricos, absolutos o relativos, sino cuál es el modo más seguro para garantizarlos, para impedir que las declaraciones solemnes sean continuamente violadas.

Un derecho llega a ser de verdad fundamental cuando se conquista efectiva y eficazmente por todos los hombres en un momento histórico dado. Máxime cuando tenemos la experiencia dramática de que, proclamados ciertos derechos como universales, tal proclamación no se ha traducido prácticamente en garantizar las condiciones para su ejercicio y disfrute. Los DH existen realmente cuando se ejercen, esto es, cuando se dan las condiciones económicas, sociales, políticas y culturales apropiadas.

La gran alternativa para el Siglo XXI será entre la universalización efectiva de todos los DH a todos los seres humanos, sin fronteras de estado, culturas, etnias; o, por el contrario, la barbarie tecnificada y burocratizada de unas sociedades consumistas, las menos, frente a una generalización de la pobreza y degradación del medio natural y cultural. La alternativa pasa por la toma de conciencia y la profundización en aquello que nos une –nuestra humanidad común- frente al cultivo de las diferencias y los nacionalismos excluyentes.

La garantía de conquista y defensa de los DH está en su institucionalización jurídica, que asegure y conserve lo conquistado; pero conscientes de que ningún ordenamiento jurídico es capaz de formular y concretar definitivamente en un momento histórico los DH. Las transformaciones científico-tecnológicas, sociales y culturales, plantean continuamente nuevas exigencias que los ordenamientos jurídicos han de ir incorporando.

La dignidad de todo ser humano, por el hecho de serlo, es la base de los DH. Pero esa vida digna, segura, inviolable, feliz, es una meta abierta a concretar y superar en cada sociedad y momento histórico. Los DH tienen, así, un fundamento ético, pero necesitan incorporarse al derecho positivo para realizarse plenamente. Son pretensiones morales que alcanzan su realización cuando se consideran derechos fundamentales positivos, reconocidos por normas, como constituciones y leyes. Los DH no son creados por el poder político, son anteriores al poder como conjunto de construcciones racionales y valores para una vida humana digna en sociedades justas. Los DH representan el contenido esencial de la ética pública de la modernidad y expresan la legitimidad del poder político en las sociedades democráticas. El poder es la instancia mediadora para incorporarlos al derecho positivo y garantizar su cumplimiento.

Los valores de libertad, igualdad y solidaridad son expresiones de la dignidad humana y, a la vez, condiciones básicas para una vida humana digna: una vida personal que desarrolla sus capacidades mentales de pensar, comunicarse, elegir, proyectar su realización personal en una sociedad abierta y

tolerante, que promueva la igualdad de oportunidades para todos. Los DH son universales, personales, indivisibles y mejorables. La Conferencia Mundial de DH celebrada en Viena (1993) declaraba: “todos los DH son universales, indivisibles e interdependientes y están relacionados entre sí. La Comunidad Internacional debe tratar los DH en forma global y de manera justa y equitativa, en pie de igualdad y dándoles a todos el mismo peso. Debe tenerse en cuenta la importancia de las particularidades nacionales y regionales, así como de los diversos patrimonios históricos, culturales y religiosos, pero los Estados tienen el deber, sean cuales fueran sus sistemas políticos, económicos y culturales, de proteger todos los DH y las libertades fundamentales”.

Los DH son universales

El artículo 2 de la Declaración proclama: “toda persona tiene todos los derechos y libertades proclamados en esta Declaración sin distinción alguna de raza, color, sexo, idioma, religión, opinión política o de cualquier otra índole, origen nacional o social, posición económica, nacimiento o cualquier otra condición”

La Declaración Universal de DH enuncia una concepción común a todos los pueblos de los derechos iguales e inalienables de todos los miembros de la familia humana y la declara obligatoria para toda la Comunidad Internacional. Los DH son de todas las personas cualquiera que sea el Estado donde vivan, su etnia, religión o condición. La Declaración Universal de los DH es la mejor expresión histórica, hasta la fecha, del “consensus omnium gentium” acerca de un sistema de valores que deben regir la conducta humana. Con esta Declaración, por primera vez, un sistema de valores es de hecho universal, en cuanto que el consenso sobre su validez e idoneidad para guiar la comunidad de todos los hombres se ha declarado explícitamente. Con la Declaración toda la humanidad comparte algunos valores comunes por primera vez. El universalismo de los DH ha sido una conquista que, a su vez, plantea nuevas metas. Podemos distinguir cuatro momentos en el desarrollo histórico:

- a) Los DH nacen como derechos naturales, universales, formulados en teorías filosóficas, como la idea estoica de la sociedad universal de hombres racionales, el iusnaturalismo moderno de Locke y Rousseau, oponiendo el estado de naturaleza al estado civil, como creación artificial que tiene sentido en cuanto permita el más amplio desenvolvimiento de la libertad y la igualdad naturales.
- b) Se desarrollan como derechos positivos en las instituciones y la legislación de determinados Estados. En esta fase, la afirmación de los DH gana en concreción y pierde en universalidad. Ciertos derechos, en un número limitado,

quedan protegidos mediante derecho positivo, pero sólo en el Estado que los reconoce. Más que Derechos del Hombre son derechos del ciudadano de determinado Estado.

- c) La Declaración Universal de DH de 1948, vuelve a proclamar los DH de todos los hombres, sin barreras de Estado, etnias, religiones, culturas. Los Derechos son universales por cuanto los destinatarios son todos los hombres, no los ciudadanos de un Estado, desencadenado un proceso conflictivo, ciertamente, de concreción práctica de tales derechos. La universalidad en esta fase no es tan abstracta, sino que aspira a concretarse en derechos positivos universales. En el mismo preámbulo se dice: “es esencial que los DH sean protegidos por un régimen de Derecho, a fin de que el hombre no se vea compelido al supremo recurso de la rebelión contra la tiranía y la opresión”.
- d) Actualmente estamos en la fase de institucionalización y plasmación en derecho positivo a nivel nacional, en las Constituciones y leyes de los Estados e internacional, en el Derecho Internacional, con los mecanismos legales apropiados que permitan garantizar a todos los seres humanos de todos los lugares del mundo el máximo nivel de disfrute de todos los DH.

Aunque la cultura Occidental ha sido la principal defensora de los DH, los valores básicos que propugnan se presentan como fundamentales para una convivencia humana entre personas, grupos y culturas, y son los mínimos para que pueda darse un Estado de Derecho. Es posible, y deseable, contextualizar la interpretación de ciertos derechos según culturas, pero no parece razonable rechazarlos con el pretexto de occidentalismo o colonialismo desde una cultura dominante. La defensa obligada del multiculturalismo no debe colisionar, y menos negar, la universalidad de los DH.

La Conferencia General de la Unesco en su 28 reunión (1995) declaraba: “todos los DH son universales, indivisibles e interdependientes y están interrelacionados. Las estrategias de acción destinadas a materializarlos deben de tomar en cuenta las consideraciones religiosas, históricas y culturales”. Las críticas a la universalidad de los DH proceden de diversos países, de Africa y Asia especialmente, argumentando que los tales derechos no son una construcción universal, sino la imposición colonialista de la particular visión occidental al resto del mundo. Si bien en muchas ocasiones, pueden pretender ocultar las lamentables condiciones de vida de sus poblaciones, en el mejor de los casos, sí han sensibilizado en el mayor respeto y defensa de las identidades culturales, lingüísticas, étnicas, religiosas, etc.

Pero la defensa de las identidades nacionales no es incompatible, sino todo lo contrario, con la universalidad de los DH. Defendiendo y respetando esas identidades se salvaguarda la propia defensa de los DH universales, pues las culturas son

patrimonio común de la humanidad. El problema se plantea cuando en ciertas tradiciones y culturas están vigentes valores contradictorios o lesivos para los DH, como el racismo, el sexismo, las prácticas degradantes y mutiladoras de las mujeres, etc. En tales casos, la universalidad de los DH ha de prevalecer y orientar la obligada transformación. Los DH deben alcanzar una validez y vigencia universal, como valores de una especie –la humana- con universales cognitivos, lingüísticos, afectivos, morales compartidos.

La universalización de los DH ha sido una conquista progresiva que aún no ha llegado a su término. Las grandes revoluciones liberales reclamaron los derechos y libertades para la burguesía, pero la misma coherencia interna de las razones que alegaban, y muy especialmente las luchas externas de los sectores sociales excluidos como los movimientos populares, sindicatos, mujeres, fueron llevando –ciertamente demasiado despacio y con gran coste- a una universalización. La universalización, como aceptación en un nivel teórico fue el primer paso; si se reclama libertad es lógico que se exija para todos. La realización en la práctica de las declaraciones teóricas es un momento posterior y resulta más problemático.

La universalización de los DH está transformando el orden internacional poniendo límites al principio tradicional de soberanía de los Estados y de no-injerencia en sus asuntos internos. La dignidad intrínseca de todos y cada uno de los seres humanos no puede estar a libre disposición de los Estados, con la excusa de que pertenece a sus asuntos internos. Los Estados están obligados a respetar la dignidad de la persona. El artículo 30 de la Declaración Universal proclama: “nada en la presente Declaración podrá interpretarse en el sentido de que confiere derecho alguno al Estado, a un grupo o a una persona, para emprender y desarrollar actividades o realizar actos tendentes a la supresión de cualquiera de los derechos y libertades proclamados en esta Declaración”. Los Estados tienen obligaciones hacia la Comunidad Internacional en materia de DH, y cada Estado está obligado a proteger los DH de sus ciudadanos.

Ningún Estado, en nuestros días, cuestiona abiertamente en teoría los derechos civiles y políticos aunque en la práctica, de hecho, se dan continuas y numerosas violaciones. La mayoría de los Estados, en teoría, declaran su compromiso con la protección de los derechos económicos y sociales, pero en la realidad la mayoría de sus poblaciones se ven privadas de tales derechos. En unos pocos Estados, los del mundo más desarrollado, la mayoría de la población disfruta del derecho al trabajo, educación, salud, vivienda, protección social, pero en su seno existen numerosos excluidos despojados del disfrute de tales derechos. Ciertos Estados democráticos de economía desarrollada se han de plantear cómo lograr que la mayoría de su población esté dispuesta a soportar los costes que conlleva garantizar los derechos de las minorías, parados, inmigrantes, grupos étnicos, y

otros grupos marginados por motivos económicos, de salud, etc. La universalización de los derechos también está pendiente en los Estados más desarrollados, y sólo puede llevarse a cabo desde un compromiso moral de las mayorías para hacerse cargo de los costes que supone el mantenimiento de los derechos de las minorías. La universalización de los DH en las democracias desarrolladas pasa por la defensa de los DH de las minorías.

Los DH son indivisibles

En el artículo 13 de la Declaración de Teherán (1968) ya se afirmaba: “como los DH y las libertades fundamentales son indivisibles, la realización de los derechos civiles y políticos sin el goce de los derechos económicos, sociales y culturales resulta impensable. La consecución de un progreso duradero en la aplicación de los DH depende de unas buenas y eficaces políticas nacionales o internacionales de desarrollo económico y social”.

El Estado de Derecho no es sólo de derechos civiles y políticos, también requiere los derechos económicos, sociales y culturales y, más aún, los derechos de la solidaridad, justicia, calidad de vida. Si los derechos de primera generación protegen al individuo frente al Estado, garantizando una esfera de libertad frente a su poder; los derechos económicos y sociales de la segunda generación exigen, precisamente, la intervención del Estado para garantizar determinadas prestaciones –trabajo, vivienda, educación, salud, seguridad social- en una sociedad que aspira a la igualdad de oportunidades, justicia y calidad de vida. En el preámbulo de los Pactos Internacionales de Derechos Civiles y políticos, y derechos económicos, sociales y culturales de 1966 se afirmaba: “conforme a la Declaración Universal de DH no puede realizarse el ideal del ser humano libre, liberado del temor, de la miseria, a menos que se creen condiciones que permitan a cada persona gozar de sus derechos económicos, sociales y culturales, tanto como de sus derechos civiles y políticos”.

Si los derechos son indivisibles a nivel de Estado, lo mismo ha de decirse a nivel internacional. Cuando los Informes de Organismos muy diversos constatan que el 80 por ciento del mundo es cada vez más pobre y el 20 por ciento restante cada vez más rico, los derechos económicos y sociales que garantizan mejores condiciones de vida le están siendo negados a la mayoría de la población mundial.

Los DH son personales

Los DH se basan en la dignidad de la persona: vida e integridad física, inviolabilidad, libertad, proyecto personal de vida frente a imposiciones y totalitarismos, con el límite del respeto a ese derecho en los demás. Los DH garantizan una vida que abarca todo el ciclo vital de la persona desde el nacimiento

hasta la muerte: un nacimiento digno, en unas condiciones familiares, de vivienda y salud apropiadas, hasta el derecho a una muerte digna, pasando por todas las etapas del ciclo vital; escuela, educación, trabajo, ocio, que supongan la satisfacción de las necesidades humanas en general, desde las más básicas a las superiores. Los DH se corresponden con la satisfacción de las necesidades humanas.

Los DH son mejorables

Los DH no son un catálogo cerrado, estático e inalterable, como pudo ser la reivindicación liberal-burguesa de la primera generación, son abiertos y en ocasiones llegan a plantear exigencias y proyectos de conflictiva realización simultáneamente. Los DH son construcciones históricas y por ello dependientes de los cambios económicos, científicos, tecnológicos, sociales y culturales. Los DH surgen gradualmente de las luchas en las que el hombre combate por su emancipación, y de la transformación de las condiciones de vida que estas luchas producen. Las sucesivas generaciones de derechos que hemos comentado son resultado de este proceso histórico abierto hacia mayores niveles de universalización y profundización. Los derechos de la libertad, de la primera generación; los de la igualdad, de la segunda; y los de la solidaridad, de la tercera, recogen momentos sucesivos en la estructuración y formulación de los derechos, pero no supone connotación de jerarquía o prevalencia. Siendo de naturaleza diferente son igualmente valiosos e indivisibles.

Los derechos de la tercera generación, que pivotan sobre la solidaridad con los hombres, la naturaleza y la historia, están abiertos para responder a nuevos desarrollos de los avances científico-tecnológicos en todos los campos. Se articulan en los siguientes ejes: la paz, el desarrollo, un medio ambiente sano, el patrimonio de la humanidad, las diferencias e identidad de grupos y minorías, la justicia social y la democracia.

La paz – Paz y DH están intrínsecamente relacionados. La paz exige el respeto de los DH. La paz es, por tanto, condición *sine qua non* para el reconocimiento y la efectiva protección de los DH, tanto en los Estados como a escala internacional.

El desarrollo – La Declaración sobre el Derecho al Desarrollo de la Asamblea General de Naciones Unidas de 1986, afirmaba: “el derecho al desarrollo es un derecho inalienable en virtud del cual todo ser humano y todos los pueblos están facultados para participar en un desarrollo económico, social, político, cultural, en el que puedan realizarse plenamente todos los derechos y libertades fundamentales, a contribuir a ese desarrollo y a disfrutar de él”.

Medio ambiente sano – El desarrollo económico debe ser respetuoso con el medio ambiente de modo que se pueda mantener un desarrollo sostenible, garantizando a las futuras generaciones un medio natural habitable. Como sucede con todos los derechos su realización práctica desencadena conflictos, pues los derechos conllevan obligaciones que se interpretan de modo distinto. Preservar la calidad del medio ambiente para los países desarrollados tiene un significado distinto a garantizar el desarrollo de los países del Tercer Mundo.

El patrimonio de la humanidad – Disfrutar del patrimonio cultural, protegerlo y preservarlo para que las nuevas generaciones tengan garantizado ese mismo derecho. Las identidades personales y culturales requieren una memoria del pasado, biográfica en el primer caso, e histórica en el segundo.

Diferencias e identidades de grupos y minorías – Anteriormente hemos comentado cómo las declaraciones sectoriales han recogido y siguen reivindicando los derechos de etnias, minorías, sectores o grupos marginados. También aquí son distintas las reivindicaciones en el Primer Mundo frente a los países subdesarrollados. Habíamos dicho que el objetivo de los Estados democráticos es garantizar los derechos de las minorías y grupos, que continuamente van quedando excluidos en las sociedades desarrolladas, como inmigrantes, refugiados, parados, sin techo, drogadictos, presos, mujeres maltratadas, prostitutas, niños violados o explotados, ancianos abandonados, etc.

Justicia social y democracia – Derechos Humanos, justicia social y democracia son conceptos intercambiables. No cabe la realización de unos sin los otros. El concepto de DH implica democracia y estado de derecho, y a su vez los DH sólo son garantizados en un régimen democrático. Una democracia que aspira y posibilita continuamente a mayores cotas de participación del ciudadano en la economía, la cultura y la política.

Los extraordinarios y continuos avances científico-tecnológicos están modificando las condiciones de vida de las personas, su forma de trabajar, consumir, divertirse, comunicarse, etc., y a la vez plantean nuevos riesgos y exigencias. A título de ejemplo, los conocimientos y tecnologías disponibles en el campo de la genética y biología -genoma humano, ingeniería genética, clonación, trasplantes neuronales- suscitan cuestiones bioéticas fundamentales. La cantidad e intensidad de informaciones que cotidianamente bombardean nuestras mentes con unos medios tan sofisticados y generalizados, obstaculizan gravemente el conocimiento sistemático de la realidad, la elaboración de criterios personales, el pensamiento crítico, la toma de decisiones racionales.

En la sociedad de la información, la persona reclama el derecho a la verdad de las informaciones, a no ser engañada ni manipulada, a no ser perturbada con propaganda deformante; el derecho a poder expresar las propias opiniones en unos medios cada vez más cerrados y monopolizados; el derecho a la propia intimidad y a la protección de los datos personales. Ante la globalización de la economía y la política, y en la medida en que el poder económico es cada vez más determinante en las decisiones políticas, el derecho a la participación democrática se extiende más allá del poder político y exige participación en el poder económico. Así como las demandas de los derechos civiles y políticos se concretaron en la revolución liberal-burguesa, y las demandas de protección social en la revolución industrial, la revolución científico-tecnológica está planteando, en la actualidad, nuevas exigencias muy concretas, y en el futuro demandará otras que hoy no podemos ni prever.

La aceptación en el nivel teórico de la universalidad e indivisibilidad de los DH, se ve continuamente negada en los hechos, tanto en los países más desarrollados como en los del Tercer Mundo. Se constata una tendencia a destacar algunos de los derechos civiles, relegando a un segundo plano otros derechos, y muy particularmente los derechos económicos y sociales. En realidad, los derechos económicos y sociales no son susceptibles de reclamación individual según los sistemas jurídicos de la mayoría de los Estados. Piénsese en la protección del derecho al trabajo, alimentación, vivienda, asistencia sanitaria. Pero además el actual orden económico mundial –mejor desorden-, se muestra incapaz de garantizar estos derechos a la mayoría de los 6000 millones de personas.

Los derechos de solidaridad internacional requieren mecanismos de concreción jurídica positiva que los promueva y garantice. Tal concreción e institucionalización jurídica encuentra muchos obstáculos por parte de Estados y poderes establecidos. Es la sociedad civil, los movimientos sociales, las Organizaciones No Gubernamentales, quienes se muestran más activas y comprometidas con los derechos de solidaridad a escala internacional. La paz, cooperación al desarrollo, ayuda humanitaria, preservación del medio ambiente, protección del patrimonio, movilizan cada vez más a amplios sectores de la sociedad civil, llegando a niveles de compromiso admirables. Probablemente, esta movilización, concienciación y profundización de la democracia sea lo que pueda comprometer progresivamente a los gobiernos de los Estados y los organismos internacionales con la universalización de los DH.

El marco del Estado soberano que se proclama a sí mismo como Estado de Derecho y que dice garantizar en su territorio los DH, queda sobrepasado por un marco planetario que requiere un nuevo orden económico-social-político supraestatal. Conforme al artículo 28 de la Declaración de DH: “toda persona tiene derecho a que se establezca un orden social internacional en el que los

derechos y libertades proclamadas en esta Declaración se hagan plenamente efectivos”.

BIBLIOGRAFÍA

AAVV. (1985): *Los fundamentos filosóficos de los derechos humanos*. Barcelona: SERBAL-UNESCO.

AAVV. (1992): *Los derechos humanos*. Madrid: Tecnos.

AAVV. (1998): *Los derechos humanos hoy*. Revista Temas para el Debate. Nº 45-46.

AMNISTIA INTERNACIONAL. (1997): *Refugiados: Los derechos humanos no tienen fronteras*. Madrid: EDAI.

AMNISTIA INTERNACIONAL. (1998): *Informe 1998. Un año de promesas rotas*. Madrid: EDAI.

ARBÓS,T. et al. (1998): *Los fundamentos de los derechos humanos desde la filosofía y el derecho*. Barcelona: EDAI.

BOBBIO,N. (1992): *El problema de la guerra y la vía de la paz*. Barcelona: Gedisa.

CASSESE,A. (1993): *Los derechos humanos en el mundo contemporáneo*. Barcelona: Ariel.

GARCÍA MORIYON,F. (1983): *Enseñar los derechos humanos*. Madrid : Zero.

GARCÍA GOMEZ,M. (1985): *Derechos humanos y Constitución española*. Madrid: Alhambra.

GONZALEZ CASANOVA,J. (1968): *Los derechos humanos*. Madrid: Edicusa.

HERSCH,J.(1983): *El derecho de ser hombre*. Madrid: Tecnos.

LEVIN,L. (1981): *Los derechos humanos. Propuestas y respuestas*. Paris: UNESCO.

TRUYOL Y SERRA, A. (1982): *Los derechos humanos*. Madrid: Tecnos.

TULIAN,D. (1991): *Los derechos humanos. Movimiento social, conciencia histórica, realidad jurídica*. Buenos Aires: Humanitas.

UNESCO (1996): *La educación encierra un tesoro*. Madrid: Santillana.

VASAK,K. (1984): *Las dimensiones internacionales de los derechos humanos*. Barcelona: SERBAL-UNESCO.